

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

ENERO-FEBRERO, 1947

SUMARIO:

*JAMES T. FARRELL: EL TEMA SOCIAL
EN EL REALISMO AMERICANO ¶ EMILIO
ORIBE: LA ESFERA DEL CANTO ¶ AXEL
STERN: EL EXISTENCIALISMO CONTRA
LA EXISTENCIA ¶ MANUEL ROJAS: HANS
STEFFEN Y LA LEALTAD ¶ EUCLIDES
GUZMAN: EL NACIMIENTO ¶ MAURICIO
AMSTER: UN AMIGO DE GOETHE ¶ JUAN
GODOFREDO SEUME: AFORISMOS*

SANTIAGO **37** DE CHILE

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE
LEE EN ESPAÑOL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA CULTURA

*Catedral 1039 - Tel. 68813
Casilla 4130*

AHORA A VEINTE PASOS DEL
CORREO Y DE LA PLAZA DE
ARMAS

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

*Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126*

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

DISPONIBLE

LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 23698
Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

DISPONIBLE

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJA
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile. Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
 2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

ANABALON S., Carlos, <i>Tratado Práctico de Derecho Procesal Civil Chileno, 2 gruesos volúmenes.....</i>	\$ 400.-	GONZALEZ, Angel Custodio <i>Del Amor Cautivo (Sonetos) Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Poesía inédita.....</i>	\$ 35.-
DOMEYKO, Ignacio, <i>Memorias (Recuerdos de un emigrado). Vol. I.—Traduc- ción al castellano de la ver- sión francesa por D. Manuel de Ferrari (Juan Carrera)..</i>	60.-	JESCHKE, Hans <i>La generación de 1898 en España. Traducción y notas de D. Y. Pino Saavedra...</i>	50.-
GAETE B., Alfredo, y otros <i>La Seguridad Social.....</i>	40.-	MARSHALL, Enrique <i>La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos.....</i>	160.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
 ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,

Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número.	\$ 10 m/ch.
Suscripción a 6 números.	\$ 50 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número.	0,35 u/s.
Suscripción a 6 números.	2,00 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe
 dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
 Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

CONOZCA SU PAIS.

VIAJE POR

FERROCARRIL

OPTICA MAIER

OPTICO AUTORIZADO

SE DESPACHAN RECETAS DE LOS MEDICOS

OCULISTAS

AGUSTINAS 853, ENTRE ESTADO Y SAN ANTONIO

Tel. 31145 SANTIAGO Casilla 4163

A L H U E

por JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA

\$ 25.—

EN LAS PRISIONES POLITICAS
DE CHILE

cuatro evasiones novelescas

por CARLOS VICUÑA FUENTES

\$ 25.—

ANTOLOGIA DE POETAS CHILENOS

por SERGIO ATRIA

\$ 25.—

EN PRENSA:

COLECCION

RESIDENCIA EN LA TIERRA

Obra poética de PABLO NERUDA

Director: Juvencio Valle

Edición limitada para los suscritores de

Cruz del Sur

Editorial **Cruz del Sur**

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

Librerías **Cruz del Sur**

Bandera 445

Teléfono 88118

Santiago

Esmeralda 1068

Teléfono 6212

Valparaíso

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

ENERO-FEBRERO 1947

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

NUMERO **37** VOLUMEN X

SANTIAGO DE CHILE

A PESAR DE TODOS NUESTROS TRIUNFOS CIENTÍFICOS, EUROPA NO SE ENCUENTRA EN MEJOR SITUACIÓN DE LO QUE SE ENCONTRABA EN LAS ÉPOCAS MÁS BÁRBARAS DE LA EDAD MEDIA. TODOS LAMENTAN UN ESTADO DE COSAS QUE NO ES LA PAZ NI LA GUERRA Y SUSPIRAN POR LIBRARSE DE ÉL. LOS JEFES DE GOBIERNO AFIRMAN ENFÁTICAMENTE QUE DESEAN LA PAZ Y HAY ENTRE ELLOS UNA EMULACIÓN DE DECLARACIONES PACIFISTAS, PERO CASI INMEDIATAMENTE DESPUÉS PROPONEN A LAS ASAMBLEAS LEGISLATIVAS MEDIDAS PARA AUMENTAR LOS ARMAMENTOS, ASEGURANDO QUE TOMAN PRECAUCIONES PARA PRESERVAR LA PAZ.

TOLSTOI

James T. Farrell

EL TEMA SOCIAL EN EL REALISMO AMERICANO

I

DESDE 1890 hasta hoy los autores realistas americanos vienen tratando de hacer la historia de la civilización americana a través de sus consecuencias humanas y personales. Como es bien sabido uno de los pioneros de esta tradición fué Theodore Dreiser. Entre su obra y la de los escritores de fines del siglo XIX, como Henry James, Stephen Crane y Harold Frederic, puede establecerse una diferencia notable. Sin embargo, por más que difieran entre sí estos últimos, todos abordaron el tema del propio desenvolvimiento, de la autoconciencia. Este asunto aparece implícito hasta en el modo con que James crea la incertidumbre. *La roja insignia del valor*, de Crane, no es solamente una novela de la guerra. Valiéndose del marco de la guerra hace el relato de cómo un muchacho se transforma en hombre. Asimismo, *The Damnation of Theron Ware*, de Frederic, tiene por tema, aunque negativamente, la autoconciencia o el desenvolvimiento. Theron Ware se da cuenta de que hay valores más altos y complejos que aquellos que entraron en su formación religiosa y en su vida eclesiástica, en una pequeña comunidad de las afueras de Nueva York. Su «damnación» o desintegración es el resultado de su incapacidad para vivir por esos valores más altos.

Con Dreiser, las condiciones vitales y el ideal americano del éxito, ocupan el primer lugar; para Dreiser el motivo del propio desarrollo o autoconciencia es secundario. Sus personajes adquieren generalmente el tinte de su medio ambiente. El fracaso y la tragedia en sus novelas ha de interpretarse como resultado de la fuerza inmisericorde de las circunstancias. Sus héroes y heroínas pretenden elevarse socialmente, escapar a su propia clase. Si fracasan, es por las circunstancias de sus vidas, falta de conocimiento o educación, falta de magnetismo personal y dominio de la técnica del poder social, especialmente del dinero. El dinero proporciona los medios de esgrimir el poder y al obtenerlo el individuo está en mejor posición

de satisfacer sus deseos. Los seres humanos — por ejemplo, Roberta Alden en *An American Tragedy** o Jennie Gerhardt*— son sacrificados en beneficio del éxito y del prestigio social en una sociedad dominada por los ricos o acomodados, por lo menos. Y solamente aquellos nacidos en las clases superiores o de voluntad extraordinariamente poderosa, magnética, sutil, o afortunada, pueden escapar al sino de la tragedia y el fracaso o de la mediocridad irremediable. En el mundo dreiseriano la capacidad emotiva del hombre y la mujer para el afecto y el poder de la voluntad individual son más débiles que la fuerza de las circunstancias sociales. En ese sentido escribió Dreiser novelas realistas sobre las condiciones de la vida en América.

II

En años más recientes el clima cultural del *New Deal* ha tenido una clara influencia en la literatura americana. El difunto Presidente Franklin D. Roosevelt dijo en un discurso político: «El corazón y el alma de nuestro país serán siempre el corazón y el alma del hombre común, el hombre común que no ha dejado nunca de creer en la democracia, que no ha dejado nunca de amar su familia, su casa y su país.» La fe de América, declaró, es la fe del hombre común. El clima cultural del *New Deal* que surgió en América en la década del 30 y que fué claramente reflejado en muchas películas, obras radiales y novelas del período de la guerra ayudaron al nacimiento de una literatura seudo-populista del hombre común. El tema conductor de este arte y literatura neo-populista exaltó el concepto del americanismo como medio de unir todas las razas, credos y clases. En lugar de una literatura que describía en forma penetrante las diferencias de clase y revele asimismo las consecuencias de las condiciones de vida que frustran los esfuerzos del joven o la joven de origen plebeyo en busca de éxito y encumbramiento, como había hecho Dreiser, esta literatura ha exaltado y sentimentalizado el tema del hombre común como humano; y sostenido que los ricos también son americanos, iguales al hombre común.¹

* Los asteriscos indican que la obra citada está traducida al español.

1. Véase *Exposition of a Method* de Bárbara Deming en los números de la revista *Chimera* correspondientes a Invierno y Primavera de 1945. Por mi parte, trato algunos aspectos de este asunto en el folleto *The Fate of the Writer*, Norfolk, Conn. New Directions Press, 1945.

El populismo como influencia cultural en la década del 40 no puede interpretarse en el sentido del populismo de la centuria décimonona y menos como influencia política. El movimiento agrario populista que alcanzó su cima con la ascensión de William Jennings Bryan, tuvo un profundo rol en la creación de la literatura y del pensamiento social americanos. Forma parte del acontecimiento económico, social y político que precede a la literatura americana del siglo veinte. Entre los mejores ejemplos de la influencia populista es posible citar el de Frank Norris, máximo iniciador de la literatura moderna americana. Su teoría literaria era democrática, popular, genuina. En su ensayo, *The Responsibilities of the Novelist* sostiene que el novelista debe aceptar la responsabilidad de escribir la verdad para la gran masa del pueblo. *The Octopus*, el primer volumen de la trilogía inconclusa de Norris: *An Epic of the Wheat* enfoca vívidamente la lucha económica y las relaciones de clase a través de la experiencia personal directa. Narra el conflicto entre los agricultores independientes del Oeste y el «octopus» ferroviario. Aunque los primeros se consideran «el pueblo», son unos capitalistas independientes que producen el trigo sobre dicha base y usando la maquinaria más avanzada de la época; así mientras creen librar la lucha del pueblo contra el ferrocarril, reducen al mismo tiempo a los productores más pobres al estado de inquilinos o labriegos. El autor habla en estas páginas por boca de un personaje poético, Pressley; da forma y generaliza este tema populista concibiéndolo en términos de interés para el pueblo como un todo. En ese sentido *The Octopus* puede llamarse populista. Sin embargo, su populismo no es introducido meramente a través de la convicción del autor; más bien está en la novela como una persuasión integral de lo que se cuenta en ella; tiene fundamento en lo social y se desarrolla empíricamente como parte de la historia.

Para mayor contraste, las obras recientes de carácter «populista» están concebidas tendenciosamente y fían el convencimiento a las tiradas editoriales del autor. El más notable ejemplo al respecto es la obra radial de Norman Corwin. Esta diferencia es importante tanto artística como sociológicamente. Los últimos trabajos surgidos bajo el clima cultural del *New Deal* presentan la vida en América al nivel de los editoriales de los diarios y simplifican situaciones y personajes. Tal supersimplificación puede hallarse por ejemplo en obras como *The Grapes of Wrath**.

La novela realista en torno a las condiciones de existencia entre nosotros, ha enfocado el modo americano de vida según el rasero del éxito y la expansión de América. Los personajes afortunados de Dreiser no encuentran armonía interna. Es el caso del financiero, Coperwood o de Carrie Meeber, de *Sister Carrie*,* los fracasados más notables, Hurstwood y Clyde Griffiths tienen un fin terrible y trágico. Sherwood Anderson, influenciado por Dreiser, escribió acerca del hombre-cillo de la clase media inferior, el hombre al nivel del artesano. Con frecuencia sus personajes van perdiendo su identidad social o la han perdido ya. Tipos como los descritos por Anderson con relaciones capitalistas recién conquistadas en la pequeña ciudad o a lo ancho de todo el país, si bien se mira, son verdaderos desclasados. Anderson ocupábase, pues, de las consecuencias de tal evolución. Esto puede observarse cuando pone el acento en lo manual, en el trabajo con las propias manos. El sentimiento de la humana necesidad salta en sus escritos de la necesidad de contacto, de contacto físico. Por medio del contacto ha de satisfacerse la necesidad y ha de ganarse cierto sentido de identidad personal y social. El énfasis andersoniano del sexo nace de ahí; el sexo es una salida de la confusión, una forma de contacto íntimo que puede hacer más feliz a una porción de confusos hijos de un mundo confuso.

Dreiser presenta en forma más precisa la contradicción entre las necesidades del impulso social y las represiones de un estrecho código moral puritano. David Graham Phillips hace lo mismo en su novela, *Susan Lenox, Her Fall and Rise*. Su heroína, Susana, que es presentada como una muchacha superior y atractiva, es sin embargo desterrada socialmente a causa de su nacimiento ilegítimo. Paga socialmente el «pecado» de su madre. Tanto Dreiser como Phillips (el último dentro de una vena sentimentalmente romántica) revelan aspectos sociales de las relaciones de clase y sus diferencias a través del tratamiento que dan al sexo. Como resultado del ostracismo social, Susana es arrojada de su clase y se convierte en víctima de los apetitos sexuales de los hombres de una clase superior. Esta

es en esencia su caída. Las heroínas de Dreiser, Carrie Meeber y Jenny Gerhardt encontraron también amantes en una clase superior de la que provenían. Jenny es castigada por su pecado. Aquí la injusticia de clase aparece implícita en el castigo que la sociedad reserva a la muchacha que «peca». En tales obras el sexo permite al autor revelar las consecuencias sociales que nacen de las diferencias de clase. Al mismo tiempo nos muestran la duplicidad, el snobismo y la hipocresía social que practican las clases altas.

En la literatura correspondiente a la década de 1920, el ocio y el derroche adquieren una importancia temática cada vez mayor. Asimismo los bienes y los valores derivados de ellos encubren todo asunto. Por ejemplo, la superficialidad de Babbit no deja de relacionarse al hecho de que su vida social y su mundo interior están controlados por los bienes y valores comerciales. Hasta sus placeres son comprados y prima el importe monetario. Su vida y su pensamiento están regidos en gran parte porque tiene que impresionar a aquellos que lo impresionan con sus gastos. Un despliegue y una ostentación pueril son aquí los factores fundamentales de su existencia. Babbit vive del otro lado del sueño del éxito. En cierto modo él mismo se ha convertido en un acontecimiento. Pero su personalidad se ha perdido. En una época de artículos convencionales, él es un hombre convencional. Esto comporta la mayor crítica de Sinclair Lewis a la civilización americana. El tan representativo Babbit no sabe cómo aprovechar su ocio, el éxito no le enseña cómo disponer de los valores culturales más complejos y civilizados.

Otros escritores del mismo período como F. Scott Fitzgerald, Ring Lardner y Hemingway tratan también este tema del ocio. F. Scott Fitzgerald describió la desilusión social de los jóvenes de la clase alta en la soledad de *Gatsby*. Este último ofrece grandes recepciones y hace mucha vida social; sin embargo está solo y sus invitados apenas tienen noción de él. Los personajes de Hemingway habitan un mundo turístico y una de sus mayores preocupaciones consiste en cómo matar el tiempo. Es interesante observar que sus obras están escritas desde el punto de vista del espectador. Sus persona-

jes son a menudo gente mirona que asiste a corridas de toros y otros espectáculos mirándose unos a otros alrededor de mesas de café. La sátira de Ring Lardner está dirigida contra el snobismo y la estulticia de la gente que trata de divertirse sin saber cómo hacerlo. Casi todos sus personajes son enfocados en el ocio. Si los vemos trabajando es en preparar alguna fiesta o entretenimiento para los demás. Así nos presenta jugadores de baseball, aspirantes a campeones, niños que llevan los palos de golf y cancionistas improvisadores. El ocio que informa tales trabajos es tratado en términos de sátira y de desilusión social.

V

Sobre todo, después de la depresión de 1929 y el ingreso a la literatura de una nueva generación, puede observarse un nuevo cambio temático en la novela realista americana. En todo sentido estaban excluidas de ella hasta el final de la década del 20 grandes sectores populares, las clases más bajas y plebeyas. Es lo que surge del análisis que presentamos. Un cambio sobreviene de pronto. Se refleja en el origen étnico de los escritores, en los temas y asuntos además de las condiciones de vida en que son tratados. Es el asilo de huérfanos, son las calles de la ciudad, las piscinas, las casas pobres, la vida familiar de las clases indigentes, las regiones más atrasadas de América como algunas partes de Georgia o ciertos sectores decadentes de Nueva Inglaterra — todo esto entra en la novela y la narración y más bien desde adentro que desde afuera. Porque al mismo tiempo la primera y segunda generación de americanos de diferente origen étnico y nacional irrumpen como protagonistas del cuento y la novela de América.

Con esto el problema de la infancia abandonada es cuidadosa y verídicamente introducida en la narrativa americana. La carga que pesa sobre el niño en una sociedad cada vez más estratificada se aborda más arduamente y con mayores detalles de lo que se había intentado en la novelística inicial. Uno de los primeros libros que revelan esta nueva tendencia es *Bottom Dogs**, de Edward Dalhberg, una novela que refiere la historia de un niño en un asilo de huérfanos y la vida vagabunda que lleva después de abandonar esa institución. Se podría casi usar el título de dicha novela para sugerir el nuevo

acento. Una literatura de *bottom-dog* en el sentido social, empezó a desarrollarse.²

Una importante característica de tal literatura es que el snobismo social — que ya fué tratado en las primeras novelas realistas (como aquellas de Dreiser y Phillips) — es revelado aquí cual repugnante prejuicio racista. Lo que no debe sorprender, porque snobismo y prejuicios encuentran distintas salidas en las distintas capas de la sociedad. El snobismo de las clases altas ejerce presión sobre las clases inferiores. Estas se hallan indefensas frente a un sistema educacional que favorece a los hijos de aquéllas. El dinero y la seguridad que proporciona es capaz de dar la tónica, el barniz y cierta gracia a la vida de la clase de arriba. El prejuicio en tal círculo está en la exclusión del prójimo, ya sea no invitándolo a sus casas, fiestas y negocios. En la capa inferior de la sociedad se produce un más amplio contacto racial. La carga del conjunto de problemas sociales descansa más pesadamente sobre la clase inferior. La frustración psicológica personal se agrava con la frustración económica. Así como la vida es menos segura es también frecuentemente menos firme la personalidad. Dicha falta de seguridad exacerba en general el temperamento. La batalla por el dinero y la posición social en las clases superiores es a menudo una lucha desnuda de la vanidad individual en la capa inferior. Esto es evidente a través de la violencia de algunas novelas realistas de escritores plebeyos americanos. Los cuentos de Richard Wright, *Uncle Tom's Children**, son un claro ejemplo. Vemos aquí el estallido violento o su amenazante posibilidad hasta por accidente o coinciden-

2. La denominación literatura de *bottom-dog* es preferible en este caso a «literatura proletaria». Si usamos este último término en su estricto sentido marxista muchos de estos trabajos no tienen que ver con el proletariado si no más bien con la clase media inferior, el lumpenproletariat de las ciudades y el granjero pobre. Ejemplo de tales obras son: *Bottom Dog* y *From Flushing to Calvary*, de Edward Dahlberg; *Call it Sleep*, de Henry Roth; *Somebody in Boots* y *Never Come Morning*, de Nelson Algren; los cuentos cortos de Erskine Caldwell recogidos en diversos volúmenes; *Summer in Williamburg*, de Daniel Fuchs; *Uncle Tom's Children*; *Native Son*, *Black Boy*, de Richard Wright; y *Sterile Sun* y *Lily Craskell* de Caroline Slade. Hablo aquí del trasfondo y del tema y no pretendo hacer un análisis literario completo pues tendría que tomar en cuenta esas cualidades llamadas «estéticas». Los libros arriba citados son los que yo defendería críticamente. Entre otros que puede citarse igualmente y que tal vez sean más gustados que por mí, están *The Daring Young Man on the Flying Trapeze* de William Saroyan; varios libros de Albert Halper; las novelas de Thomas Bell; *Tortilla Flat*, de John Steinbeck; y *The Land of Plenty*, de Robert Cantwell. Para mayores puntos de vista míos al respecto, véase mi ensayo: «The Short Story» en *The League of Frightened Philistines and Other Papers* (New York, 1945).

cia. Por casualidad una mujer blanca ve a un muchacho negro salir desnudo de un estanque. Tal accidente en una sociedad de aguda tensión de lucha entre las clases y las razas desemboca en una violenta tragedia social.

Las dos notas dominantes en lo mejor de esta literatura son la tensión y la violencia, la tensión interior expresada en el fracaso, sobre todo, en los niños, y la violencia en el plano físico. La lucha de clases, grupos y razas en la sociedad americana produce la frustración y la violencia inherente a un mundo o sociedad donde hay individuos aislados y más o menos rechazados que manifiestan su naturaleza en una salvaje y personal lucha egotista. Cuando uno no puede dar rienda a su vanidad por medio del dinero o la posición social, lo hace por medio de sus puños, sus conquistas sexuales y su lenguaje insultante y agresivo. Hasta el diálogo en esta literatura es con frecuencia bravío e incisivo.

V I

Así como esta literatura es una literatura de *bottom-dog*, una literatura rigurosamente realista y que describe condiciones de inferioridad, miseria física y frustración interior, es también una literatura que levanta las clases plebeyas a un nivel más humano del que tuvieron (con algunas excepciones) en la literatura del pasado. Esto asevera implícitamente la humanidad de sus personajes y constituye su valor más positivo. Introduce así osadamente al hombre y a la mujer de abajo lo mismo que al joven y a la niña en la sociedad americana como seres humanos cuyos problemas y cuyos sentimientos demandan la urgente atención del público lector. El muchacho de la calle, el negro ignorante, el labriego, el trabajador y muchos otros son presentados en forma irrevocable a la conciencia de América.

Y con *Black Boy*,* de Richard Wright, el problema de la conciencia, del desenvolvimiento, adquiere a los ojos de los abogados de abajo tanta importancia como el mundo de Henry James. Esta literatura de *bottom-dog* ha empezado ahora a juntar al problema de la conciencia el reflejo de las condiciones vitales americanas.

En esta nueva literatura los caracteres se desenvuelven sin la aceptación de los lugares comunes prevalecientes. Del mismo modo que la literatura realista anterior destacaba las

actitudes y las afirmaciones periodísticas del sueño americano, esta literatura pone fin al irlandés estereotipado, al negro estereotipado, al judío estereotipado de los primitivos escritores populares. Una de las implicaciones sociales o intenciones de dicha literatura es que rompe de hecho con los perfiles y primitivos clichés referentes a los de abajo en el crisol americano. En todo sentido esta literatura es de planteo realista. Plantea los problemas sociales no en términos de generalización, sino de proximidad. Si consideramos el origen social como la más profunda influencia en lo económico y colectivo de una sociedad, que afecta a todos sus miembros, entonces podemos ver que en esta literatura la causalidad social es trasladada a lo individual y convertida en proximidad de acción, pensamiento, sueño y verbo. Esta literatura tiene que ver concreta y directamente con los aspectos salientes de la vida americana que ahora interesa a tantos sociólogos, trabajadores sociales, penalistas, abogados y demás. Ella trata de presentar en los términos literarios más humanos cuanto hacen los diarios en forma sensacional y alarmista. A menudo nos dice lo que es en esencia la vida «en un tercio de la nación».

V I I

Es fácil confundir esta literatura con las obras neo-populistas acerca del «hombre común» que sentimentaliza la pobreza y que destaca una unidad periodística cuando la evidencia cotidiana establece que la sociedad americana está dividida y exacerbada por las luchas raciales, de clase y de grupo. Para hacer al hombre mejor es obvio que uno tiene que decirle primero lo que es, a fin de que sea más fácil la diferencia entre estas dos maneras de escribir. Siempre hay una brecha entre la imagen convencional de la vida y la vida que se vive concretamente. La literatura realista ha tratado siempre de acortar esta brecha. A principios de nuestro siglo la literatura realista americana consiguió hacer a un lado las imágenes convencionales del sueño americano, del sexo y del snobismo social de las clases superiores; en los últimos quince años su impacto mayor logró romper asimismo las imágenes convencionales de lo que sucede abajo, en la parte inferior de la sociedad. Al hacerlo, los escritores realistas de América han hecho una contribución al pensamiento social; han planteado

en términos narrativos el material que puede crear una mayor conciencia de lo que es la vida americana.

Si esta literatura es apreciada como un informe literario de la cualidad de muchas vidas en América, tal vez será más fácil apartar las imágenes convencionales; y será posible hacer ver a la gente más directamente, más claramente. La literatura no es en sí un medio de resolver problemas; estos sólo pueden resolverse con la acción, la acción social y política. La literatura realista debe servir a la gente como un medio de descubrirse a sí misma y las condiciones de vida en su torno. Es evidente que la mejor literatura realista americana ha contribuido en esta dirección. Este análisis, necesariamente esquemático, a causa de las limitaciones del espacio, trata de hacer ver cómo enfocamos nuestra evaluación de la literatura americana en un conjunto de obras que fijan, hoy y aquí, aspectos importantes de las realidades vitales de América.



LA ESFERA DEL CANTO

I

*Está la esfera
en su existir
suspensa.
Un casto fuego colma su clausura.
La esfera del pensar
de la criatura,
mueve la nave
de la noche inmensa.*

*Tal es la esfera ardiente,
que condensa el enigma del tiempo,
y la ley pura del amor,
la alta esfera de hermosura
donde se abisma la razón
y piensa.*

*Pero en tu ser ¿qué esfera
hay que me exalta,
tanto al morir como a la luz más alta?
En tí la esfera
del amor retorna.*

*En tí la esfera
del amor y el llanto.
En tu pupila
que el misterio adorna,
la esfera está donde la alondra es canto.*

EL EXISTENCIALISMO CONTRA LA EXISTENCIA

JEAN - PAUL SARTRE, en su obra *El Ser y la Nada*, no sólo ha traducido y repensado en francés el existencialismo sino que además lo ha sintetizado. Aunque el filósofo alemán Heidegger debe ser considerado como el padre de esta filosofía — cuyo árbol genealógico se remonta naturalmente más lejos — nos contentaremos aquí con ocuparnos de Sartre y de su escuela.

La actitud fundamental del existencialismo es metafísica, esto es, sus tesis no caen bajo el control de la experiencia; se superponen a los conocimientos positivos y expresan en un lenguaje que no es lógico sino simbólico ciertos sentimientos, determinadas posiciones humanas. Toda filosofía, en la medida en que es metafísica, retorna al arte; es poesía o ensueño, por pesada que sea su presentación. Toda metafísica es una superestructura, una justificación a posteriori de actitudes ya adoptadas respecto a la vida. La riqueza — ¡y el contenido! — de la producción puramente literaria de la escuela existencialista son particularmente significativos e instructivos.

Una interpretación metafísica de la realidad tiene siempre algo de gratuito, ya que en principio puede acomodarse a cualquier concepción de la vida. Y sólo su empleo positivo y al que se presta en la práctica puede hacernos comprender su real alcance. Bien que sea posible una interpretación aproximadamente marxista del existencialismo, éste sirve efectivamente la actitud opuesta; ayuda a la reacción (aunque ésta no sea la intención de Sartre) lo que es peligroso; por eso, debemos analizarlo y comprenderlo. Porque sólo lo que es comprendido puede ser sobrepasado y, si es necesario, eliminado.

¿Qué es el existencialismo? Sartre nos lo ha dicho (*Lettres Françaises*, 24 - XI - 45): «Es una doctrina según la cual la existencia precede y crea perpetuamente la esencia. El hombre existe ante todo y escogiéndose se crea; actuando se hace. Decimos: no hay diferencia entre ser y hacer. Si el hombre, por lo tanto, es la suma de sus actos y la resultante de su elección, estos actos y esta elección se inscriben en el cua-

dro de su temperamento y de su condición. Es lo que llamo la situación. Dentro de esta situación — que es sólo uno de los aspectos de la condición humana — el hombre es libre y, por ende, responsable.» Veamos ahora la aplicación que Sartre hace de su doctrina: «En el corazón de cada uno de mis personajes existe la indeterminación, la nada y no un carácter. Por ésto cada uno de mis personajes después de hacer cualquier cosa, puede hacer cualquier cosa.»

Estas fórmulas son bastante más comprensibles y netas que la mayoría de las de *El Ser y la Nada* y expresan muy bien todo lo que se discute aquí.

Haciendo abstracción de su aplicación, podría tomarse la idea sartriana como una comprobación de hechos y no como teoría metafísica. Importa mucho establecer la parte de verdad en una doctrina falsa: porque esta parte de verdad confiere potencia intelectual a la otra parte de la doctrina que es deformante y pura ideología. Examinemos primero la idea sartriana como una comprobación de hechos.

*

El hombre no es la realización ni la materialización imperfectas de una idea eterna y trascendente como pretenden — gratuitamente — los filósofos idealistas. Al contrario, el hombre debe ser primero, debe vivir, para ser algo, para devenir algo mejor que lo que es, para sobrepasar su pasado, para liberarse. Se creería escuchar a Marx; la historia de la humanidad hasta nuestros días no es, en realidad, más que su prehistoria. La historia del hombre comenzará cuando haya sobrepasado la económica, no negándola ni desviándose — porque así seguirá siendo esclavo — sino aceptándola y dominándola.

Continuemos. No hay diferencia entre ser y hacer; o sea, la realidad es una e indivisible, es en sí un movimiento ininterumpido. Luego, es imposible abstenerse de acción; quien se sustrae a la acción, actúa, ya que el vacío — creado por su ausencia — provoca un movimiento que es generalmente retardado.

Significa también que todo acto y todo pensamiento se inscriben en la situación social (aparte de sus significados lógico y estético) y que una filosofía puede, con buenas razones, ser calificada de progresista o reaccionaria, mal que le pese a M. Mauriac, pero yo sólo saco las consecuencias del pensamiento de Sartre.

Dentro de su situación, el hombre es libre y, por lo tanto, responsable. El no elige su ambiente familiar, social, nacional o étnico, ni escoge su caudal hereditario. Pero no es enteramente determinado por las causas externas; también es actor y causa en sí mismo. Cuando pide u otorga recompensas, cuando acepta o inflige castigos se reconoce responsable y la responsabilidad no significa otra cosa que este reconocimiento necesario de ser causa en sí mismo.

¿Cómo puede elegir, cómo puede rebasar la situación interna o externa de sí mismo? Precisamente por la comprensión y el conocimiento de esta doble situación. Es la fuerza dinámica del saber que Marx ha formulado con tanta precisión y que los hechos demostraron por la extensión de esta adquisición de la conciencia, gracias al trabajo de los partidos marxistas. La actividad analítica (científica) y sintética (política y social) de los socialistas científicos ha permitido comprender y, por ende, emplear y sobrepasar la realidad capitalista para elegir otra y para emprender — por ahora sólo en la U.R.S.S. — la realización del socialismo.

Esta nueva realidad, así como el trabajo de los partidos marxistas de los demás países, no garantizan naturalmente contra los retrocesos temporales, más o menos localizados. Porque hay muchos que abandonan su libertad humana a la esclavitud económica bajo el disfraz de una ideología que trastorna los términos de la situación real. En efecto, los que ignoran — voluntaria o inconscientemente — su condicionamiento económico no pueden obrar sobre él y se convierten en peles en manos de los que saben sacar provecho.

Y como dice Sartre (para emplear una de sus fórmulas) «es lo que no es y no es lo que es».

*

En el resultado de una búsqueda científica, carece de importancia quién lo obtuvo. En una doctrina metafísica, los sentimientos personales del autor y del lector lo son todo. Contra la comprensión científica de estos sentimientos, surge la indignación del mago a quien se pretende desenmascarar. Porque sin el apoyo siempre presente aunque inconsciente de esta actitud afectiva, las metafísicas se desmoronan y pasan a figurar entre las manifestaciones puramente artísticas del espíritu humano. Lo que no está mal, pero en desacuerdo con las pretensiones de los metafísicos.

Veamos cómo Sartre ve, metafísicamente, su propia doctrina. Libertad es para él sinónimo de indeterminación, de una indeterminación bastante metafísica ya que comprende la imprevisibilidad a la vez que «la ausencia de carácter» y la responsabilidad. Esta responsabilidad corresponde más bien a la «responsabilidad civil» del dueño de un auto que, prestado a un amigo, es causa de un accidente. Es claro que dicha responsabilidad no es moral. La «elección» de Sartre se realiza, es verdad, en el ser, pero sin este ser; se produce en un vacío en que la «situación» del ser — es decir, todo lo que es y representa en un momento dado — es nada.

Toda afirmación implica la respuesta de errores posibles — reales o imaginarios. Para comprender el significado y la orientación de un enunciado precisa ver a qué afirmaciones contrarias responde. Procedamos pues de esta manera dialéctica en lo que concierne a la doctrina sartriana que pierde todo carácter científico y marxista cuando se la examina a la luz que su maestro proyecta sobre ella.

Sartre hace una trasposición científicamente ilícita, luego anticientífica, del microcosmo al macrocosmo por la introducción de un «indeterminismo en el interior del temperamento y condición» del hombre. En la escala atómica es, por cierto, absolutamente imposible predecir la suerte de un electrón. Lo que se puede predecir es qué porcentaje de electrones, en un número elevado de unidades, tendrá tal suerte y qué porcentaje tendrá tal otra.

Existen también leyes estadísticas en la escala humana, pero de estas leyes se enuncia la sociología. Notemos que, a consecuencia de este hecho, el individuo particular es absuelto en relación a su situación social (ésta consecuencia es estrictamente opuesta a la tesis de Sartre): socialmente no acusamos a la persona del capitalista particular; lo hacemos sólo en cuanto a capitalista. Su situación es la que lo ha hecho capitalista.

Socialmente la esencia precede a la existencia: el hijo del obrero es un explotado antes de nacer; pertenece automáticamente a la clase de los explotados en el Estado capitalista. Los liberales nos responden con ejemplos de carreras vertiginosas que prueban que este chiquillo podría llegar a ser un potentado de la industria y agregan que, si ésto no se realiza, «es por su culpa, no se esforzó lo bastante.»

Pues no, señores, estáis en un error. Todos los obreros son explotados de vuestro Estado y un «salto electrónico» de éste

o aquél nada prueban contra esta ley social. Al contrario, tales carreras impiden ver claramente a los obreros que su situación es la de condenados, a menos que se solidaricen todos y que, como clase, tomen el poder, sobrepasando así —no negando ni tergiversando— el estado de la lucha de clases.

Pretender que actualmente la existencia social precede a la esencia es tan falso como reaccionario.

En la escala individual ¿qué significa la libertad sartriana, hija de la nada? Pues que todo puede suceder al hombre, que no está ligado por nada exterior, ni aún por su propio «temperamento». Los lazos afectivos que siente lo atan, pues, trágicamente, ya que, pasado cierto límite estrecho, su «elección» no podrá romperlos.

Se ve a qué posición patológicamente narcisista corresponde esta doctrina. Se aleja de la existencia hasta renegar su propio «temperamento». «Y si alguien viene: yo no estoy para nadie.» Se resiente no sólo su situación general sino que su «temperamento» (lo que se llama usualmente personalidad), pasa a ser algo extraño y «asfixiante».

En vez de aceptar la existencia como es para dominarla y sobrepasarla, el ser en medio de su «nada» sólo se le acerca con repugnancia y experimenta una «náusea» igual a la que se siente en un ascensor que parte inopinadamente y a toda velocidad. Es, por otra parte, muy exactamente la situación simbólica de los existencialistas.

*

Toda teoría científica, filosófica o cualquiera otra, se elabora en medio de un mundo y de una situación dados. Si algunos pueden genialmente presentir y prever situaciones futuras, si otros pueden, con el talento de buenos observadores o de artistas originales, trasponer la situación dada en el plan de creación del espíritu, todos continúan, sin embargo, como partes de un conjunto que existe positivamente: su realidad actual.

Se puede comprender y dominar la vida. Se puede también apartarse de ella, pero hasta este disgusto tiene su significación. ¿Cuál es el significado de la esencia, siempre incomprensible, del existencialismo? Esta idea, como el resto de la doctrina, es una expresión simbólica de la actual situación del sistema social, basado en la explotación del hombre por el hombre, llamado capitalismo.

La esencia, vale decir el sentido, del capitalismo es sobrepasada. El sentido es incomprensible, no por lo que sería para nosotros, sino porque es irrevocablemente algo del pasado. El capitalismo ha caducado, después de producir cuanto estuvo en sus medios por el progreso de la humanidad.

La situación creada por la organización capitalista de la sociedad se ha vuelto incontrolable para sus mismos amos. A ellos les gustaría solucionarla, preservando sus privilegios; pero están aprisionados por su propia máquina que ya no saben manejar y que les parece ahora extraña, exterior.

El capitalismo ya no tiene alma ni razón de ser: la «nada» está en su entraña y «cualquier cosa puede suceder». Decimos que está «podrido». En verdad, ¿qué otro significado tiene la ausencia de esencia en su interior mientras que por fuera tiene y mantiene las apariencias, impidiendo, en cierto límite, la explosión de la podredumbre? Entretanto, hemos tenido el naciismo, el fascismo y la guerra. Y se pretende que esos son los rasgos específicos de una raza particular (el naciismo hitleriano al revés) o que son un mal inevitable y propio de la naturaleza humana, por lo tanto, una situación que nos «encierra».

El existencialismo se contenta con analizar los detalles — ¡no las causas! — de esta podredumbre. Masoquista, contempla el espectáculo repugnante, nauseabundo, de su «situación». Si «se empeña» a pesar de todo es por un movimiento de desesperación en que se abre paso una fuerte vitalidad. Tal reacción, que parece ser del propio Sartre, es por su misma naturaleza, excepcional. Porque el hombre de vitalidad sana dice «sí» a la vida y «no» a quien la entraba.

El capitalismo es un obstáculo en oposición a la existencia humana del pueblo. El existencialismo es su expresión simbólica. El existencialismo está en contra de una existencia humana.

Queremos crear una sociedad humana, una sociedad en que la existencia de cada individuo tenga sentido; basamos nuestra voluntad y nuestra acción en el conocimiento de los hechos; comprendemos la realidad para hacerla mejor. El existencialismo es falso, feo — como la sociedad actual —. Por eso estamos en contra del existencialismo.

HANS STEFFEN Y LA LEALTAD

I

EN 1936, a raíz de la muerte del Dr. Hans Steffen, acaecida en Suiza el 7 de Abril de ese mismo año, se publicaron en los *Anales de la Universidad de Chile* dos artículos en que se alababa el recuerdo de ese hombre; a esos artículos, firmados por Ricardo Donoso y Luis Galdames, respectivamente, se agregaron, hasta completar el número, algunos trabajos de aquel geógrafo y explorador alemán. Con todo ello se hizo, además, una tirada parte, que llevó por título el de *Homenaje a la memoria del Dr. Hans Steffen*.

Por si el lector no conoce, por un motivo u otro, la personalidad del hombre a quien se dedicó ese número de los *Anales*, citaré, del artículo de Ricardo Donoso, el más completo de aquellos dos, todo lo que sea necesario. Dice Donoso:

«Formó parte el Dr. Steffen del grupo de eminentes maestros alemanes que inició sus tareas en el Instituto Pedagógico, al fundarse este establecimiento de enseñanza superior durante el gobierno del señor Balmaceda, siendo Ministro de Instrucción Pública don Federico Puga Borne, y al que pertenecieron también los doctores Hansen, Lenz, Schneider, Tafelmacher y tantos más, que han dejado un recuerdo tan perdurable y una obra tan sólida, cuanto duradera, en nuestra enseñanza pública.»

»Pero el Dr. Steffen [sigo citando] no fué sólo un geógrafo de cátedra y un sabio de laboratorio sino que un acucioso explorador de extensas regiones del territorio chileno. '... en 1892 — R. D. cita ahora a Steffen —, después de haber realizado una excursión de estudio a la región del Lago de Todos los Santos, en las cordilleras de Llanquihue, conseguí interesar al entonces perito en la Comisión de Límites y Rector de la Universidad, don Diego Barros Arana, en mis proyectos y obtener, por su valiosa mediación, las comisiones de gobierno y los recursos necesarios para llevar a cabo una serie de viajes de exploración y estudio en las cordilleras patagónicas, región entonces muy poco conocida y donde con toda probabilidad se iban a producir dificultades en el arreglo del límite internacional.'

»Exploró así — sigue diciendo R. D. —, en el verano de 1892 a 1893, las cordilleras de la región del Lago de Todos los Santos, recorrió el valle de Peulla, escaló el cordón de la cuesta de los Raulíes, y bajó en seguida al valle del Lago y Río Frío, que siguió hasta sus orígenes, en los ventisqueros del flanco oriental del macizo del Tronador; subió al Portezuelo Barros Arana y regresó después al lado chileno de la cordillera, por la depresión del Boquete Pérez Rosales, explorando el valle inferior del Río Cochamó.

»En la temporada de 1893 a 1894 exploró la región del Río Palena, y a principios del año siguiente realizó el reconocimiento del Río Puelo hasta sus orígenes, avanzando hacia el oriente hasta donde se verifica la división interoceánica de las aguas. La continuación de esta exploración fué realizada en la temporada siguiente, en los primeros meses de 1896, en que recorrió el valle del Río Manso.

»El reconocimiento geográfico de la hoya del Río Aysén fué una de las de mayor valor que realizó el Dr. Steffen, en la temporada de 1896 a 1897. Remontó el río hasta la Isla Flores, donde se produce la unión de sus dos brazos principales, emprendió en seguida el estudio del brazo norte, enteramente inexplorado hasta entonces, a que dió el nombre de Río Maniuales, y siguió su curso hasta sus orígenes, avanzando hasta el *divortium aquarum* continental.

»En el verano siguiente, 1897 - 1898, reconoció el valle del Río Cisnes, que era sólo conocido en su desembocadura, y en la temporada de 1898 - 1899 organizó una expedición destinada a explorar la región de los fiordos situados inmediatamente al sur del paralelo 46°, y de los ríos que desaguan en esa parte del litoral. La expedición atravesó el Istmo de Ofqui, recorrió las costas del Golfo de Penas, y penetró en seguida en el Río Baker, reconociendo sus diferentes afluentes. En esta jornada se encontraron y bautizaron tres de ellos, los ríos Baker, Bravo y Pascua, y se arribó hasta la región del *divortium aquarum* continental y se descubrió en el interior de la región andina el valle de las lagunas Larga, Chacabuco, Juncal y Esmeralda, por donde avanzó hasta alcanzar la extremidad occidental del gran Lago Cochrane.

»Como resultado de todos estos viajes, el Dr. Steffen redactó extensos informes, de alto valor geográfico y científico, que suscitaban el interés de todo el mundo sabio. Por la atención que consagró al estudio de la Patagonia Occidental, y por la duración de sus viajes, el Dr. Steffen se constituyó en una

verdadera autoridad en el conocimiento de esa extensa región de nuestro territorio.»

Pero no pararon ahí los trabajos del Dr. Steffen. Fué nombrado asesor técnico de la Comisión Arbitral Chilena en Londres y cooperó allí abundantemente en la confección de la *Exposición* que se presentó al Tribunal Arbitral. Después de esto le quedó el rabo por desollar: debió realizar un nuevo viaje con una comisión que iba bajo la dirección del coronel Sir Thomas H. Holdich: «Recorrimos primero una parte de la región de Última Esperanza, para conocer siquiera superficialmente algunos puertos y las desembocaduras de los grandes ríos, sus valles y los trabajos de caminos hechos por el gobierno de Chile en ellos; cruzamos después el paso de Pérez Rosales y marchamos desde Nahuelhuapi al sur, a través de casi todos los valles entonces disputados, hasta llegar al valle superior del Río Simpson (Aysén), donde se dió oficialmente término a la inspección arbitral.»

Sir Thomas H. Holdich, en su libro *The Countries of the King's Award*, se expresó sobre Hans Steffen del siguiente modo: «Ciertamente, el gobierno chileno no pudo encontrar un defensor más serio y más capaz que este distinguido profesor alemán (porque, según mis noticias, el Dr. Steffen no se ha naturalizado en Chile), y en el recuerdo de una expedición que fué para mí personalmente de tanto interés, siempre evocaré agradablemente la enorme y cortés ayuda prestada por este gran explorador y geógrafo.»

El Dr. Steffen regresó a Londres, colaboró en una segunda *Exposición* que se presentó al Tribunal Arbitral y volvió después a Chile y a sus tareas docentes del Instituto Pedagógico, las que desempeñó hasta 1913, año en que por motivos de salud se acogió a la jubilación. Vuelto a Alemania vivió un tiempo en Berlín y se trasladó después a Suiza, en donde murió.

El artículo de Ricardo Donoso sobre Hans Steffen, artículo que cuenta con una bibliografía que consta de veintiseis títulos, terminaba del siguiente modo: «*Geógrafo eminente, maestro inolvidable de muchas generaciones, servidor público abnegado de nuestro país, el nombre del Dr. Hans Steffen debe ser grabado con caracteres perdurables en el templo de la gratitud nacional.*» (El subrayado es mío.)

Para completar esta semblanza del Dr. Steffen, tomada toda del artículo de R. Donoso, agregaremos el retrato físico que don Luis Galdames hizo del sabio alemán en el artículo

que escribió en aquella ocasión: «El doctor Steffen es alto, delgado, flexible, de una tez enjuta y curtida, color rojizo, inclinado a moreno. Sus cabellos, de tinte castaño, son abundantes, pero los lleva cortos; la frente es despejada y subraya la expresión haciendo arrugas; los lentes de oro estrechan la nariz y velan la mirada inquisidora que sale de unos ojos oscuros y pequeños. La mandíbula es fuerte, el mentón alargado; los bigotes, castaños como el pelo, forman dos hebras finas sobre unos labios de escaso relieve. Vibra en él todavía la fuerza de la juventud.»

I I

Pasó el tiempo — cosa que no me cogió de sorpresa — y un día entre los días apareció ante mí la traducción, hecha por don Julio Heise, del libro en que Hans Steffen cuenta sus exploraciones: *Patagonia Occidental*, dos tomos, numerosas fotografías, diseños y mapas. Leyéndolo, tal como había leído aquel número de los *Anales*, en mi condición de director y co-rector de pruebas de las Prensas de la Universidad de Chile, me dí cuenta de la real magnitud de los trabajos de Steffen, no tan sólo en lo que significaron como estudio y exploración de la región patagónica, significación que ha sido tan vastamente reconocida y elogiada sino que, además, como esfuerzo personal. Si Hans Steffen no dejó sus talones en los valles, quebradas, montañas, mesetas y riberas lacustres y fluviales de la Patagonia occidental, fué porque en realidad deben de haber sido tan duros y resistentes como los de cualquier héroe antiguo o moderno, desde Aquiles hasta don Diego de Almeyda; porque no se trataba, allí, de viajar cómodamente, en automóvil, a caballo o en mula — una mula resultaba allí tan útil como una bicicleta — sino incómodamente, a pie mi alma, a través de centenares de kilómetros de una de las tierras más irregulares del mundo, cruzando ríos, lagos, lagunas, fiordos, canales, bosques, montañas, pantanos y mesetas, ayudándose a veces por embarcaciones que los mocetones chilotes acarrearban a hombros desde el mar y otras por balsas que construían ellos mismos; y todo esto en medio de lluvias, nevazones, temporales de viento, incendios de bosques, hambrunas y hasta atropellos policiales: en la expedición al Palena casi la mitad del personal técnico que acompañaba a Steffen fué detenida por gendarmes argentinos y llevada a Junín, a 600 kilómetros de distancia; y todo por puro amor a la geografía.

Al mismo tiempo me dí cuenta de que Steffen, escribiendo, no puede parecerse ni de lejos a Darwin, y ni siquiera a Humboldt, como narrador de viajes y de exploraciones; no era filósofo ni naturalista; era, simplemente, un geógrafo y no veía del terreno que pisaba sino lo que el terreno tenía de interés para un geógrafo; lo demás, por lo menos así lo demuestra su libro, no existía para él: en sus páginas no encontramos ninguna de las finas observaciones que abundan en los libros de otros exploradores, especialmente de los ingleses. Leyendo *Patagonia Occidental* se pregunta uno si en el tiempo en que Steffen la recorrió no existían allí flores, mariposas ni pájaros; nunca habla de aquéllas y sólo en una ocasión, al ver una enorme bandada de flamencos, habla de pájaros, pero sólo le llama la atención la cantidad; no dice una sola palabra de las aves que a Guillermo Enrique Hudson, cuando las vió por primera vez, le parecieron lo que en la tierra más se podía parecer a los ángeles de que le hablaban en su infancia. De los chilotes sólo dice que comen de preferencia harina tostada y que son muy aficionados a las aventuras, siendo de advertir que le acompañaron docenas de ellos en sus viajes, arrojando los más briosos ríos, abriendo camino a machetazos a través de las selvas y hundiéndose en los pantanos. Al leerlo parece, sin embargo, que los chilotes no tuviesen cara, cuerpo ni expresión. Enumera los árboles y los arbustos, pero de allí no pasa y los ríos son ríos, los lagos, lagos, y los ventisqueros, ventisqueros. Falto de sentido literario, falto de sentido poético, falto de sentido del humor, el libro de Steffen sólo sirve a los geógrafos geógrafos y no llegará jamás a ser lo que *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, *Descubrimiento de las fuentes del Nilo* o *Cuatro años en los hielos del Polo* son para millones de personas.

A pesar de todo, este alemán que jamás habla de sí mismo como persona y que rara vez habla de los demás; este alemán modesto y silencioso, que marcha hacia su valle, su río o su portezuelo como una rapaz vuela hacia su presa, sin vacilar; este alemán que seguramente vivió y murió pobre; este alemán que dió sus mejores años en pro de una causa que era la suya sólo desde el punto de vista geográfico, termina por imponerse: es de una calidad distinta de la que amamos, pero tiene calidad; no ve las flores ni las mariposas, pero descubre lagos; no ve los pájaros sino cuando están en gran cantidad, pero halla, en un solo viaje, varios preciosos ríos; no ve los

hombres, pero tiene en la cabeza, como en una pantalla, toda la maravillosa tierra patagónica.

Concluí por colocarlo al lado de mis dioses menores.

III

Pero la historia, a pesar mío, sigue: en tanto se imprimía y publicaba el primer tomo del libro de Steffen, apareció ante mí un manojito de originales de Ricardo Donoso, constituido por artículos publicados aquí y allá, en este año y en el otro, sobre variados temas y entre los cuales se encontraba el dedicado a Steffen. Reuniéndolos, el autor había armado un libro que titulaba *Estudios de historia política y literaria*, libro que, a su turno, fué publicado en las Prensas de la Universidad de Chile. Hube de leerlo también y grande fué mi sorpresa al encontrar, al final del artículo citado, una nota que decía: «Estas líneas fueron escritas en 1936 a raíz de la muerte del Dr. Steffen. Al año siguiente se publicó el primer volumen de las memorias del Dr. Norberto Piñero, con el título de *En Chile. El arbitraje. La Puna de Atacama. 1897 - 1898*, en el que se hacen algunos recuerdos (pp. 53 - 55) que empañan gravemente la memoria del profesor alemán, particularmente en lo relacionado a la precaria lealtad con que sirvió a Chile.» (El subrayado, nuevamente, es mío.)

Esa nota me desconcertó. ¿Qué habría ocurrido? Comparé el artículo de los *Anales* con el que aparecía ahora en el libro y observé que Donoso había suprimido el párrafo en que se hablaba de la gratitud nacional. ¿Por qué? Pero no tuve tiempo, por esos días, de ocuparme del por qué y dejé que Steffen permaneciera en mi recuerdo tal como Donoso lo dejaba: con el rostro manchado con un estigma de precaria lealtad. Si se hubiera tratado de uno de mis dioses mayores, de Darwin, de Hudson, de Fabre o de Livingstone, no habría dejado pasar un segundo, pero se trataba de Steffen, que sólo era un dios menor y que, además, era alemán; en esos días de guerra también me había dejado ganar — ¡ay de mí! — por la antipatía con que hasta los tontos que escriben gratis en los diarios miraban a todo lo que fuese alemán, y aunque a veces surgía en mí el recuerdo de este hombre y aunque ese recuerdo me dolía, pues no debía yo guardar memoria alguna de un hombre desleal, lo dejé estar, sintiendo, sin embargo, que ese dejar estar también me dolía.

Pasaron los días y los días. Nadie habló sobre el asunto ni nadie escribió sobre él y parecía que ya nadie hablaría ni escribiría: los chilenos parecían ignorarlo y en cuanto a los alemanes... pasarían quizá cuántos años antes de que pudieran hablar de algo que no fuese el pan, el azúcar, el tocino o los repollos. Tenían bastante con lo que les pasaba y ninguno de ellos contaba con tiempo para ocuparse de alguien que, desleal o no, estaba muerto. Por fin, un día en que me encontraba en la Biblioteca Nacional consultando algo relacionado con don Vicente Pérez Rosales, recordé nuevamente a Steffen: allí estaba, siempre con su rostro manchado, esperando su destino final. Decidí entonces salir de dudas y aclarar, para mí, un asunto que amenazaba convertírseme en un caso de conciencia: pedí el libro del Dr. Piñero. Me lo dieron y leí las páginas 53 - 55. Decían:

«En el mes de Junio el Ministro de Alemania [en Argentina] me expresó que el geógrafo doctor Juan Steffen, jefe de la Comisión exploradora del río Ayssen (sic), estaba muy reconocido a las atenciones y ayuda que una de las comisiones científicas argentinas le había prestado mientras desempeñaba su tarea. En el curso de la conversación le manifesté el deseo de hablar con el doctor Steffen y recabarle los datos, sobre sus trabajos, que creyera prudente suministrarle. Me contestó el señor Ministro que era también el deseo de aquél, quien me haría una visita.

»Así sucedió. En la entrevista me relató algunos puntos interesantes de su expedición y se declaró satisfecho del éxito obtenido. Le pregunté qué resultado creía haber conseguido, relativamente a la contienda de límites entre la Argentina y Chile. Me respondió que en la región del Ayssen, en toda la región explorada por él, al sur del lago Fontana y en otras partes, el *divortium aquarum* continental se produce fuera de la cordillera de los Andes, en plena pampa, fuera aun de lomadas o hinchazones de tierra, como las existentes que separan las aguas interoceánicas del Palena. Y me ofreció informarme sobre lo que se le solicitara. Los datos del doctor Steffen ratifican los del ingeniero Ezcurra y otros exploradores argentinos o no argentinos, en punto al *divortium aquarum* entre los paralelos 42° y 46° de latitud austral.

»La información del doctor Steffen me movió a insistir una vez más en la necesidad de que el gobierno argentino consagre una atención continua a todo lo referente a la ocupación, población y gobierno de los territorios del Sud, situados al este

de la cadena principal de los Andes. 'Si ejercemos, dije al Ministro Alcorta, nuestra soberanía sobre las comarcas que nos pertenecen, con firmeza y con resolución, y si de la misma manera apartamos o deseamos las controversias respecto de esas comarcas, me parece que Chile se verá precisado, al fin, a reconocer y respetar completa e íntegramente nuestro derecho.'

»Por otra parte, el doctor Steffen me contó que algunos chilenos, alemanes o hijos de los colonos alemanes de Ozorno (sic), tienen un *boliche* al sur de Nahuel - Huapí, en territorio argentino; que abrían un camino entre el sitio donde se halla ese *boliche* y Puerto Montt; y que el gobierno chileno fomentaba la facción de dicho camino. Agregó que al norte de Nahuel - Huapí, que era la parte más feraz y mejor, existían colonos norteamericanos e ingleses. Por último, me significó que desearía obtener algunos de los hechos u observaciones cumplidas por la comisión argentina de Von Plate, para completar lo suyo y establecer si, realmente, el brazo oriental del Ayssen nace en el Lago Buenos Aires. Le respondí que, a mi juicio, nada obstaría a su deseo y que escribiría a Buenos Aires a fin de complacerlo; y escribí, al efecto, al Dr. Alcorta.»

Eso era todo. (En la pág. 105 se encuentra algo que vale la pena consignar: según el Dr. Piñero, algunos diarios chilenos «llegaron en sus ataques, hasta a acusar de traidor a este magistrado». ¡Este magistrado era nada menos que el Presidente don Federico Errázuriz!)

I V

En el resto del libro no encontré nada que tuviera relación con Steffen o con lo que Steffen había dicho al Ministro argentino en Chile. Examiné entonces los dos párrafos principales, aquel en que Steffen dice que «en toda la región explorada por él, al sur del Lago Fontana, y en otras partes, el *divortium aquarum* continental se produce fuera de la Cordillera de los Andes, en plena pampa» y el otro en que cuenta que «algunos chilenos, alemanes o hijos de los colonos alemanes de Ozorno, tienen un *boliche* al sur de Nahuel - Huapí, en territorio argentino; que abrían un camino entre el sitio donde se halla ese *boliche* y Puerto Montt; y que el gobierno chileno fomentaba la facción de dicho camino.»

Respecto del primero no había nada que decir: el hecho de que el *divortium aquarum* se presentara, al sur del Lago Fontana y en otras partes, fuera de la cordillera de los Andes, en plena pampa, era una realidad geográfica que el Ministro argentino no ignoraba: el ingeniero Ezcurra y otros exploradores lo habían asegurado antes que Steffen. Por lo demás, nadie tenía interés en ocultar esa realidad ni nadie habría podido hacerlo.

El segundo párrafo me hizo tragar, al principio, un poco de saliva. Una segunda lectura, hecha días después, no me dejó más expedita la garganta: algo había allí que se me atragantaba. ¿Qué era? Resolví examinar el párrafo frase por frase:

1.ª «Me contó que algunos chilenos, alemanes o hijos de los colonos alemanes de Ozorno, tienen un *boliche* al sur de Nahuel-Huapi, en territorio argentino.» ¿Qué importancia podía tener esto? ¿Podía considerarse como una infidencia, es decir, ignoraba eso el gobierno argentino y tendría ello o podría tener alguna influencia en el litigio o en su resultado final? Por fin, ¿presentaba alguna importancia estratégica o política el hecho de que algunos chilenos o chileno-alemanes tuviesen un *boliche* (*chinchel* es la palabra chilena) al sur del Nahuelhuapi? Recurrí al primer tomo del libro de Steffen y busqué allí lo relacionado con dicha región. En la pág. 53 encontré lo siguiente:

«La ribera sur del Lago Nahuelhuapi pasó a ser un segundo centro importante de colonización, que podemos considerar como verdadero retoño de las poblaciones germano-chilenas del Lago Llanquihue y de Puerto Montt. Desde aquí partió la mayoría de los colonos y desde que a fines del siglo pasado se abrió al tráfico regular el Paso de Pérez Rosales se desarrolló en Nahuelhuapi una intensa actividad cuyo centro pasó a ser San Carlos de Bariloche.» Y en la página 137 lo que sigue: «A pesar de depender políticamente de Argentina (soy yo el que subrayo), la región del Nahuelhuapi formó hasta los últimos tiempos una especie de colonia chilena. Atravesando la cordillera llegaron primero los descubridores, después los misioneros, más tarde los primeros pioneros de la cultura y sus actuales habitantes; la primera embarcación a vapor que navegó el Lago no fué transportada desde el oriente por el Río Negro y Limay sino que desarmada en trozos fué llevada desde Puerto Montt por el Paso de Pérez Rosales.» Líneas más adelante se deja constancia de que en 1881, Chile, por medio de un Tratado de Límites con Argentina, había

renunciado a toda la sección patagónica situada al oriente de la divisoria de las aguas.

Recapitulé: el territorio era argentino y no estaba, en consecuencia, en litigio; no estando en litigio y siendo argentino, ¿tenía alguna importancia el que hubiese allí un *boliche* de chilenos-alemanes? ¿Importaba, por otra parte, que alguien, se llamara Steffen o no, contara al Ministro argentino que lo había? En absoluto; lo extraordinario es que dijese que había uno: con seguridad había ciento, no sólo al sur sino que también al norte del Nahuelhuapi. Cuando Steffen, en efecto, durante sus exploraciones de las cordilleras del Puelo, llegó en 1895 al territorio argentino de Chubut, encontró, en la primera habitación humana que se hallaba en aquellas soledades — una casita hecha de madera de cedro —, a un colono de apellido Rosales y de nacionalidad chilena. Y no era el único, por supuesto, allí y en otras partes. Puerto Montt había sido fundada en 1852 y desde este año hasta aquél en que Steffen recorrió las regiones limítrofes, los inquietos chilenos y chileno-alemanes habían tenido tiempo más que suficiente para meterse por los boquetes cordilleranos hacia las llanuras de la Patagonia oriental.

Deseché la primera frase y pasé a la segunda: «Que abrían un camino entre el sitio donde se halla ese *boliche* y Puerto Montt; y que el gobierno chileno fomentaba la facción de dicho camino.» La primera parte de la frase no me pareció sospechosa: los pobladores de Puerto Montt podían, si les venía en gana, abrir en territorio chileno el camino que se les antojara y cuantos más abrieran, mejor. En cuanto a que el camino atravesara la frontera, siguiera por territorio argentino y llegara hasta el sitio en que se hallaba el *boliche* de marras, se me ocurrió el colmo de la filantropía nacional. No era un camino estratégico, pues de otro modo habría sido abierto por el ejército y no por comerciantes o viajeros, sino un camino comercial por donde, desarmada en trozos, fué llevada, desde Puerto Montt, la primera embarcación a vapor que surcó las aguas del Nahuelhuapi. (Todavía me pregunto cómo es que el Ministro argentino, al saber eso — seguramente fué el último en saberlo —, no agradeció públicamente la obra que en beneficio de la vialidad argentina realizaban los chilenos del sur del Nahuelhuapi.) Deseché, pues, esta primera parte y pasé a la segunda. Aquí me esperaba una sorpresa: descubrí que lo que desde un principio se me había atragantado era la palabra *facción*. Arrojava allí una luz siniestra que ensom-

brecía, en lugar de alumbrar, la página entera, el camino que se abría y hasta al propio gobierno chileno. Facción... Me dió vueltas en la cabeza durante horas: facción... Me producía una sensación de angustia, como un dolor en el epigastrio: me parecía que el gobierno chileno llenaba de facciosos ese camino y que lo hacía secretamente, con ánimo también faccioso. Por primera vez en mi vida me encontraba con una palabra que me impedía ver lo que ella y la frase en que estaba intercalada expresaban realmente. La dejé estar, entonces, y la rumié bien, como un buey puede rumiar un puñado de pasto, pasándola de una parte a otra de mi pensamiento, tal como un buey pasa el pasto de la panza al bonete y del bonete al librillo y al cuajo, descomponiéndolo lentamente. Quizá yo también lograría descomponer este desabrido y mazacotudo bocado... Y lo descompuse. De alguna parte surgió la sospecha de que la palabra tenía, como la luna, una parte sumergida en la sombra. Instantáneamente disminuyó la luz siniestra y pude acercarme más a ella: facción, fac - ción, facto, de facto... ¡Qué ignorante era yo, señor! Corrí a una enciclopedia Espasa y leí, avergonzado: «Del latín *factio*, derivado de *factum*, supino de *facere*, hacer.» Es decir, el gobierno chileno fomentaba la construcción de ese camino. ¡Dichoso político argentino, sacado de un oscuro puesto de interventor nacional en la provincia de San Luis y convertido en Ministro de Argentina en Chile: qué mal rato me habías hecho pasar con tu escaso español y mi ningún latín!

La palabra apagó su luz y respiré. La frase era también inocente: si los chilenos construían un camino, aunque ese camino estuviese en territorio argentino, ¿qué de malo tenía el que el gobierno chileno les ayudara y fomentara su facción, ya que el de Argentina no se oponía? ¿Podía alguien suponer o creer, por otra parte, que el gobierno argentino ignoraba que se abría un camino en una parte de su territorio que por esos años fué explorada por innumerables comisiones argentinas? El recuerdo de la patrulla que se llevó detenida a Neuquén a la mitad de la gente que componía la expedición Steffen al Palena, desvanecía tan inocente presunción.

v

Me quedaban, sin embargo, algunas reflexiones: todo ello había sido dicho en días en que la susceptibilidad patriótica

argentina y chilena estaba exacerbada — un poco artificialmente, no obstante — a causa de ese litigio; días en que algunos diarios de aquende y allende los Andes hacían su negocio — jamás pierden ninguna oportunidad para hacerlo — estimulando los sentimientos guerreros de cierta parte de sus respectivos clientes. En esos días, claro está, todas las palabras, aun las más inocentes, resultaban peligrosas, pues eran desfiguradas a capricho por unos y otros. Mucho más lo serían, de seguro, si hablaban de boliche al sur del Nahuelhuapi, de que se abría un camino y de que el gobierno chileno fomentaba la *facción* de ese camino. Pero yo estaba viviendo en 1946, no era ministro ni policía, Chile y Argentina no tenían ningún litigio entre manos y, sobre todo, las palabras y las frases, aun las más oscuras, me producían miedo sólo cuando yo mismo, y razonablemente, lo decidía.

Por otra parte, leyendo las pruebas del segundo tomo del libro de Steffen me convencí más aun de la inocencia de este hombre; y me convencí, sobre todo, de que en ningún momento tuvo lo que podría llamarse simpatía culpable por Argentina y su causa; al contrario. Citaré aquí un párrafo de ese libro:

«Nada es más instructivo para demostrar el carácter violento y artificial de la «colonización» argentina en la Patagonia Occidental, que la historia de los intentos realizados en los valles superiores del Aysén desde el año 1896, esto es, desde la época en que fué nombrado perito F. P. Moreno, entusiasta animador de toda esta política de colonización. Para la realización de sus planes, Moreno se sirvió de preferencia de funcionarios del Museo de La Plata, dirigido por él en aquellos años y al cual pertenecía, por ejemplo, Steinfeld, descubridor del Lago La Plata, más tarde colono en el Río Senguér, y Kollowsky, fundador de la «colonia» a orillas del Río Simpson. El punto de vista representado por Moreno, y bajo su influencia por diversos ministros argentinos, tendía a considerar los territorios situados al oriente de la cordillera (esto es, de aquellos que la opinión oficial argentina hacía valer como «cordillera») como indiscutiblemente argentinos y apoyar esta tesis por la colonización de esos terrenos, procurando esto por todos los medios a su alcance...»

Al terminar de copiar este párrafo miré de nuevo a Steffen: allí estaba, como siempre, pero ahora con su rostro limpio, este Bula Matari alemán y patagónico.

EL NACIMIENTO

EL PATIO que da al camino está cruzado por una hilera de ladrillos y piedras que permiten al andar librarse en parte del lodo. Los dos muchachos que juegan en la acequia que bordea al camino, atraviesan el patio de pronto, muy excitados y llegan donde la madre lava ropa inclinada en la artesa y se atropellan para dar la noticia:

— Mamá ¡viene el taita!

La artesa está entre dos duraznos que alzan sus ramas desnudas y nacen de un charco de agua espesa, ligeramente lechosa y pestilente. La mujer detiene el trabajo, queda mirando a los niños un rato, sorprendida, y luego se inclina de nuevo con todo el cuerpo en la artesa y mueve la ropa sobre una tabla inclinada, como si estuviese amasando.

Los muchachos miran con aire distraído en todas direcciones, como si por primera vez hubiesen estado en ese sitio y pronto vuelven lentamente hasta el camino, a proseguir su interrumpida competencia. Ella consiste en echar al agua dos trocitos de madera, labrados minuciosamente como pequeñas lanchas, y animarlos luego con gran alboroto, mientras se deslizan por la corriente, hasta llegar a la meta, que es el tablón atravesado que sirve de puente. Esta vez han suprimido el alboroto y siguen la carrera en silencio, pues prefieren que cuando pase el padre, repare lo menos posible en su presencia.

Pronto llega el hombronazo, con trancos desiguales y mira a los muchachos como si fuesen los arbustos que orillan la acequia. Cruza el patio, por detrás de la mujer que lava, murmura algo ininteligible, y se dirige derecho a la puerta del rancho. Huyen aleteando dos gansos que se paseaban por el patio, los sendos cuellos moviéndose siempre en curioso paralelismo.

Cuando el padre se recorta en la puerta, la muchacha lo mira desde adentro del cuarto con ojos espantados y, retrocediendo un poco, se queda esperando arrimada al muro. Se distingue apenas en la penumbra el hacinamiento de utensilios y ropas en desorden. Llega el hombre hasta la muchacha profiriendo algunas blasfemias y con el primer golpe la derriba con facilidad. Luego, se ve su intención evidente de darle

patadas en el vientre, pero ella se ovilla en el suelo para protegerlo y recibe los golpes en diferentes partes de su cuerpo. La estrechez del espacio dificulta al hombre la expedición de sus movimientos y golpea luego fuera de sí, los cabellos desgreñados y los ojos brillantes. Se oye sólo el jadear de su respiración y los quejidos de la muchacha.

Afuera, los dos hermanos han dejado su juego de la acequia y se vienen acercando lentamente a la casa, con los ojos redondos.

El hombre, en un intervalo de cansancio, comienza, jadeante, el inútil cuestionario de siempre, como para justificar el cansancio:

— ¡Dime, perra, quién fué! ¡Dime quién fué!

La muchacha ha quedado doblada en el ángulo del muro con el suelo y permanece inmóvil, con la misma mirada de espanto. Uno y otro saben que no habrá respuesta alguna y el hombre, antes de reanudar el ataque, lanza amenazas terribles. «¡Si nace ese huacho te lo voy a matar en tu misma cabeza de perra!»

Los dos muchachos se miran con caras afligidas, muy cerca de la puerta del rancho. Y como al reanudarse los golpes, se siente un inesperado estruendo de lozas que se rompen, el más pequeño echa a llorar ya sin reparo alguno.

La madre, que no había dejado de lavar, se seca las manos nerviosamente en el regazo, avanza unos dos o tres pasos y aprovecha un intervalo para exclamar:

— ¡Cómete a la chiquilla mejor! ¡Cómetela mejor!

Sabe que esto no produce efecto alguno y como si se acordara de pronto de algo muy importante, va al cordel donde hay ropa tendida y hace como que arregla algunas piezas.

Cuando el hombre se cansa de golpear a la muchacha, sale tambaleándose y, repitiendo sus blasfemias, se va hacia el camino. En el cuarto, un delgado rayo de sol que se filtra por un hoyo del muro da justo en la cara inmóvil de la muchacha.

*

El padre es arriero en la explotación de montes y vive en una ruca en el cerro, junto al corral de sus mulas. Baja generalmente cada quincena a la pulpería, donde se emborracha, y luego se dirige al rancho de su mujer a ejercer las funciones de padre, que consisten ahora último principalmente en gol-

pear a la muchacha grávida, en un oscuro impulso de celos y lujuria contenida.

El sol del último estío había alumbrado a la muchacha exuberante vagando por los potreros interminables, como un milagro más de la tierra áspera. Mientras tanto, en el rancho, el viento cálido agitaba la ropa tendida como extrañas banderas.

*

El lodo del patio se ha secado y transformado en fino polvo. Aunque innecesarios ya, nadie ha quitado los ladrillos y piedras que jalonan la entrada.

La escena fatal del padre que viene a castigar a la muchacha se ha repetido como algo inexorable. Se han repetido las preguntas inútiles para descubrir al seductor y amenazas de matarlo luego sin piedad, en las formas más inhumanas. La madre lava inclinada en la artesa como si en su vida no supiese hacer otra cosa.

Esta vez los golpes han apresurado los síntomas del alumbramiento. Y cuando la madre acude a auxiliar a la muchacha, el hombre la detiene en la puerta con poderoso ademán.

— ¡Deja a esa perra que se embrome sola!

Y afirmado en una de las jambas de la puerta, dice como trueno:

— ¡Nadie pasará por aquí!

La mujer se retira un poco para mirar la cara del hombre, con la extrañeza de quien ve en una puerta cerrada un letrado recién puesto. Retrocede algunos pasos con ademán angustiado, porque el hombre tiene un gesto diabólico y desconocido.

— Pero Juan, la chiquilla puede morirse...

— ¡Que se muera, que se muera! ¡Ojalá que se muera!

Los muchachos adivinan que pasa algo diferente y se acercan apresurados y silenciosos. Los gansos miran con los cuellos perfectamente paralelos.

De pronto se elevan desde el cuarto aullidos sobrehumanos, que ondulan alargados y extraños y se quedan detenidos en una nota única. La madre corre y forcejea con el hombre implacable y le araña, gritando:

— ¡Déjame, asesino! ¡Bandido! ¡Asesino!

Un fuerte empujón le demuestra su impotencia y corre en diferentes direcciones, mientras los dos muchachos lloran con su llanto más desolado. Mira de pronto el hacha que está

detenida y levemente inclinada al costado de un tronco y como ve la cabeza del hombre partida como roja fruta, decide más bien persuadirlo con ruegos.

— ¡Juan! Por lo que más quieras, llama a la comadre Maiga, mientras veo a la chiquilla... ¡Mira que se muere, Juan!...

Pero el hombre tiene el demonio en la cara y se ve que no aceptará nada. La mujer corre al camino y divisa a lo lejos una nubecita de polvo, como una lejana esperanza.

— ¡Por lo que más quieras, Juan!...

Ha nacido una brisa de primavera que hace ondular la ropa en los cordeles, y entre los aullidos prolongados y el llanto desatado de los muchachos, se alza el hombre desgredado como un extraño capitán implacable. Después de unos minutos sostenidos, comienza el ruido a decrecer. Y cuando puede sentirse nítidamente el llanto del recién nacido, pasa por el camino un carretón con dos peones cantando.

De toda la tierra parece salir un hálito de germinación y se diría que puede percibirse cómo en los brotes de los duraznos del patio revienta la vida invencible. Es fácil prever que el carretón y el canto de los peones se transformará pronto de nuevo en una nubecita de polvo en la distancia.

Los Guindos, Septiembre de 1945.

★

UN AMIGO DE GOETHE

J. G. SEUME nació en 1763 en Poserna, Alemania. Huérfano en la adolescencia fué protegido por un conde que le envió a la Facultad de Teología de Leipzig. El conde era rico, el muchacho estudioso, la carrera digna. Todo hubiera podido seguir su camino estereotipado si el protegido no se empeñase en pensar por cuenta propia: «Con cada nueva investigación crecía una nueva duda y la mística comenzó a hacerse odiosa, ya que frecuentemente la he visto corriendo parejas con la astucia mundana... La mojigatería me era insoprotable.»

Para poner término a una situación sin salida, Seume huye de Leipzig. («He nacido para la orfandad y estoy pagando algo cara mi educación superior.») En el camino le pillan unos reclutadores de Hesse. Son los días de la insurrección norteamericana contra la corona inglesa, y la democracia británica necesita soldados para que salven al rey en el Nuevo Mundo. Seume es vendido a los ingleses y embarcado al Canadá, pero llega al final de la contienda y es devuelto a Europa. Una vez en tierra huye de las filas hesienses, pero sólo para caer en manos de los prusianos que le reservan la misma faena: servir al rey. Deserta de nuevo, de nuevo le prenden y sólo sus conocimientos del latín le salvan del castigo. Pero al porfiar en la negativa y desertar por tercera vez, se le condena a la carrera de baquetas. En medio de los preparativos para la aplicación de la pena le salva de nuevo una intervención conmovedora de los niños de Emden. Un comerciante de la localidad ofrece una fianza por su libertad provisional. Seume declara que la aprovechará para huir definitivamente. Pero ni el comerciante retira su ofrecimiento ni Seume cambia de determinación. Sólo al cabo de varios años, cobrados los honorarios por la traducción del inglés de la novela *Honoraria Warren*, le devuelve a su fiador los ochenta talers que le valieron su libertad. Termina finalmente sus estudios y trabaja sucesivamente como secretario de un general ruso y corrector de pruebas en una editorial alemana. Publica un tomo de versos y apenas junta algún dinero emprende

viajes a pie al sur y al norte de Europa. Muere en 1810, en Teplitz, llorado por el mismo Goethe de quien fué amigo.

*

La herencia de Seume se compone de poemas, ensayos, doctas disertaciones, relatos de viajes y de una autobiografía inconclusa, titulada *Mi vida*. Su obra completa apareció sólo a los dieciseis años de su muerte, en 1826. Lo que la hace perdurable y digna de recordar no es tanto su valor literario como la incorruptible entereza y pasión que la alientan. Seume conservó siempre el juicio independiente, sin tomar partido ni sucumbir a una opinión generalizada. Aficionado a los clásicos (justifica su viaje a Italia diciendo que es sólo para «leer a Teócrito en Siracusa») y erudito en griego y latín, tenía, no obstante, ideas propias sobre los valores consagrados: «Platón es un poeta y carece de ideas sostenibles; Aristóteles no fué más que el barón de Estagira...»

Igualmente independiente se mantuvo frente a los acontecimientos franceses que tanto parecían prometer a la víctima de los tiranos. Buscaba en la Revolución una libertad y justicia puras, pero quedó decepcionado: «La justicia es la primera, grande y divina virtud cardinal que puede llevar adelante a la humanidad... Hace algunos años, a las orillas del Sena, apareció una aurora que prometía cumplirla. Pero la aurora se desvaneció, le siguieron borrascas, después nubes espesas, y finalmente días de niebla...»

Malquisto con los tiempos en que le había tocado vivir, tenía una clara conciencia de su posición aislada. En una carta al pintor von Kúgelgen hace esta significativa declaración:

«Vamos a dejar documentos que demuestren que no pertenecemos a la época, para que al menos el mundo de mañana no nos cuente entre la escoria de los obcecados y los rastros.»

El episodio de la fianza es el que quizás mejor refleja la pasión de Seume por la verdad. La amaba por encima de todo, por encima de su propia vanidad literaria. En sus cartas y escritos toca frecuentemente el tema: *Je n'ai été jamais poète; tout ce que j'ai dit a toujours été la vérité: et c'est pour cela que mes ouvrages ont quelque mérite...*

Se comprende que con tal lastre no le era fácil salvar los escollos del absolutismo europeo de su tiempo. Escribía sin

esperanza de ver publicadas sus ideas, ya que ningún impresor se hubiera atrevido a desafiar la censura. En esto su suerte tiene una singular semejanza con los días que corren. También a la Revolución Francesa sigue un período de reacción: «Los dos últimos decenios parecen ofrecer al observador atento una sinopsis de la historia humana; ¡tan brillante y divina y a la vez tan irracional y despreciable aparece nuestro género en este período!»

La tenebrosa Europa de Seume está nuevamente de actualidad. Soldados, gendarmes y delatores controlan las ideas. Por algún tiempo la policía podrá más que el pensamiento. Sin embargo: «la razón no morirá aunque la torturen de milenio en milenio.»



A F O R I S M O S

EL AVENTURARSE más allá del sentido común conduce al hombre en lo filosófico hacia la mística más lamentable y en lo político hacia un despotismo de hierro o un fanatismo anárquico.

El miedo ha hecho muchos dioses en el cielo y aún más dioses en la tierra. Donde él penetra, la mitad de la buena esperanza está ya perdida. Sólo con el desprecio de la muerte se vive con honra; y la vida sólo tiene valor en cuanto tiene dignidad. Quien busca el peligro sin un propósito inteligente es un temerario; quien, pusilánime, retrocede ante él en el camino del deber, es un cobarde: aquél merece una reprobación pública, éste un público desprecio.

El pensamiento es propiedad de todo espíritu; ni siquiera el Todopoderoso puede robarlo sin destruirlo. La libertad del pensamiento es una invención del despotismo. Es, y no puede darse ni concederse: cada uno piensa mientras es, a través de su ser. Por eso quien no le teme a la muerte, piensa en voz alta, sólo después de estar debidamente en orden con su naturaleza moral.

Con frecuencia se oye llamar orden sagrado a un estado de cosas que significa la destrucción del bienestar y de la seguridad de un Estado; la borreguil paciencia y apatía de los súbditos son celebradas bajo el bello nombre de paz y tranquilidad. Un buen ciudadano de la historia pensó naturalmente: más vale una libertad peligrosa que una quietud que descansa en esclavos.

Cuando un Espartaco, noble e intrépido, saca a los esclavos de los ergástulos, obra con el mejor derecho: pues así pone fin a los sofismas académicos.

Un hombre ordinariamente grande disfruta con aplastar con su poderío a los que le rodean y con ver a un mundo posturado de rodillas ante su omnipotencia; un espíritu puramente grande trata en lo posible de colocarse en pie de igualdad con todos y se siente con mayor dignidad cuando todos conservan la suya junto a él. El que endereza y sostiene un árbol es decididamente más fuerte que el que lo derriba. El que puede gobernar sólo a costa de la razón y de la dignidad humanas, ha abrazado el sistema de la impotencia. Donde los pequeños se doblegan ante los grandes, allá los grandes no se sienten nunca debidamente seguros ante los pequeños. El hombre entrega su dignidad pero nunca será amigo del que se la arrebató.

Donde hay esclavitud en el interior, pronto llegará también de afuera.

Obediencia incondicional no es un pensamiento de seres racionales. Si alguien puede disponer de mí a su antojo, no le debo obediencia alguna; esto se desprende de la naturaleza moral del hombre.

La mayoría de los gobernantes temen más a sus ciudadanos que a los enemigos exteriores; lo cual prueba que la mayoría de los Estados están mal constituidos.

La nación que puede y debe ser salvada por un solo hombre, merece azotes.

Cuando un Estado puede mantenerse gracias a un solo hombre es que ha llegado a tal podredumbre que apenas merece ser mantenido.

Cuando miro al mundo me alegro de no tener hijos. Pues ¿qué otra cosa podrían ser sino esclavos o peones de los despotas?

¡San Espartaco, ora por nosotros! ¡Ojalá pudieran aparecer más de estos preceptores de la razón humana!

EN LAS PRISIONES POLÍTICAS DE CHILE

Cuatro evasiones novelescas de Carlos Vicuña

BUENA parte de la mejor literatura hispanoamericana es fruto del destierro y la persecución de que fueron víctimas sus autores bajo regímenes policiales y personalistas.

Desde Sarmiento hasta Pocaterra, el venezolano que hubo de refugiarse durante los años del gomezalato en el gélido Canadá, pasando por el flamígero Martí, precoz panfletista en *El presidio político de Cuba*, la nómina de obras de origen tan extraño es en todo sentido memorable.

Nuestros intelectuales, tras la revolución de la Independencia, conocieron un nacionalismo o nacismo *avant la lettre*, militarista y agresivo como los peores de hoy. Y estulto, además, como el del propio generalísimo Franco, caudillo por la gracia de Dios.

Don Carlos Vicuña, que pertenece a la estirpe de aquellos prosadores vigorosos, narra en *Las prisiones políticas de Chile* cómo logró imponerse aquí por última vez tal régimen policíaco, a principios de 1927. Hace justamente veinte años. Pero no es la historia de dicha tiranía,— que apenas sintetiza el capítulo inicial, pues el autor no deja de consagrarle al mismo tiempo dos gruesos y minuciosos volúmenes,— lo que hace representativo de todo un género literario a este pequeño gran libro. Más bien presta interés permanente a sus punzantes páginas el giro novelesco de una tremenda experiencia personal: el contacto del autor con una naturaleza soberbia en la que halla gentes de la más diversa condición y catadura. Criollos y gringos, desde luego. Buenos y malvados unos y otros en su grandeza o pequeñez.

Ya el primer episodio de la odisea por la pampa helada en compañía de otros dos perseguidos con quienes pretende ganar el límite argentino desde la ciudad de Punta Arenas, le da ocasión a Vicuña para describir unos tipos de ambiente que no se olvidan con facilidad. Así los puesteros chilenos de la Patagonia que lo acogen cordialmente sin preguntarle nada y le brindan cuanto se llevan a la boca, es una estampa insuperable de la que no resistimos destacar las líneas centrales:

... «Pasan todo el día en el campo rodeando las ovejas, protegiéndolas, defendiéndolas, ayudándolas, curándolas, limpiándolas y vuelven en las noches a las casas solitarias a comer y a dormir, al amparo de una enorme cocina, siempre encendida, que es su única amiga. Las compañías estancieras, para que el gasto de carnes y de lanas no aumente mucho, no les

permiten mujeres ni familia. La fraternidad profunda del roto chileno hace soportable esa vida desolada, silenciosa y triste, como un viejo cementerio abandonado, y es un hecho cierto que la bestialidad se desarrolla como el consuelo delirante de esas almas grises. La rapacidad de los gerentes oculta a los accionistas de Londres o de Buenos Aires todo el horror y la vergüenza con que él hace multiplicarse los dividendos.»

Uno de esos gerentes, súbdito de S. M. Británica como es natural, y que a través de su Primer Ministro admiraba entonces secretamente a Mussolini, le merece a Vicuña un párrafo asimismo extraordinario. Aludiendo a la famosa circular apócrifa de Zinoviev, que tan desastrosos efectos tuvo en la capital inglesa, nos muestra de paso las repercusiones del célebre *fair play* imperialista a muchas millas de distancia.

«En vano fué que le hablásemos en inglés: terco y mal educado, no manifestó ninguna simpatía por nuestra causa. Se limitó a decirnos que la libertad no existía en el mundo; que la prueba de ello estaba en que pocos días antes el Gobierno inglés, tenido por muy liberal, había hecho asaltar por la policía de Londres la Casa Arcos, representante de los Soviets. Encontraba él esa medida muy conveniente para extirpar el comunismo, y en su reticencia se adivinaba que veía cierta complicidad entre nosotros y aquellos lamentables sucesos de Londres. No pudimos aclarar, sin embargo, si esa complicidad era con el Gobierno de Londres, que atropellaba la libertad, o con los Soviets, que perturbaban con sus actividades el sagrado comercio inglés.»

Con todo, la nota máxima del libro es una puramente descriptiva. El relato de la segunda fuga por el desierto patagónico, a solas con el espectro del frío y de la muerte, no admite otro paralelo en su dramaticidad que la del gran escritor político León Trotsky, por la estepa siberiana, después de la frustrada revolución de 1905.

La vida en la Isla de Pascua o Rapa-Nui, adonde por último es relegado el autor de *En las prisiones políticas de Chile*, le arranca igualmente muchas páginas impresionantes que la liberación final mitiga con algunas salidas de buen humor como aquellas a propósito de las tropelladas de cierto sargento de carabineros.

Podríamos anotar, por otra parte, una que otra caída en el lugar común del patriotismo intrascendente; pero en verdad son más numerosas las sentencias de alcance universal como éstas: «El terror a la palabra quita el sueño a los tiranos»,... «todo gobierno es siempre la obra de una minoría, a veces ínfima, pero de una minoría decidida y resuelta.»

Tres lustros han pasado apenas desde que leímos el libro de don Carlos Vicuña en las columnas de *La Nación* de Buenos Aires como una crónica de actualidad y en tan poco tiempo se ha convertido ya en una obra clásica. *Cruz del Sur* al reeditarla en su Colección de autores chilenos no ha hecho más que subrayar en forma esta característica.

LOS GRANDES diarios raras veces se ocupan espontáneamente de las pequeñas revistas literarias. Sus críticos dominicales dedican de pronto un par de columnas a cualquier folleto de propaganda electoral, pero sólo unas pocas líneas de compromiso a los escritores empeñados en crearse un órgano independiente de opinión. Y para peor, los mismos colegas no se hacen mucho caso entre sí.

Nosotros a pesar del poco espacio de que disponemos, cada dos meses, nunca hemos dejado de anotar los rasgos más salientes de algunas revistas nacionales y extranjeras. Hoy le toca el turno a la bilingüe *Andean Quarterly* que publica el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura bajo la dirección de la señorita Magdalena Vicuña Lyon.

La inclusión sistemática de cuentos y ensayos de autores chilenos y norteamericanos, en inglés y español, basta para darle una fisonomía inconfundible a este magazine, que ha sabido además crearse un selecto equipo de redacción.

Número a número, *Andean Quarterly* publica un par de artículos de su directora sobre figuras notables del arte y la literatura estadounidenses. Acompaña siempre las primeras un suplemento gráfico y por lo mismo echamos de menos para las segundas, sobre todo, cuando se trata de valores líricos como Emily Dickinson, una pequeña antología en ambos idiomas.

Por su parte, Mr. John W. Culver traduce al inglés las narraciones más representativas de la literatura chilena y entre otras ha tenido el buen gusto de incorporar «El bonete maulino», de Manuel Rojas y «El terremoto» de González Vera, indicando, como es todavía poco usual entre nosotros, la procedencia.

Hernán del Solar es otro de los colaboradores constantes de *Andean Quarterly*. Tiene a su cargo la presentación crítica de los nuevos poetas chilenos y lo hace con verdadera competencia.

Por último, aunque de no menor importancia, este magazine cuenta con la colaboración regular del Embajador norteamericano en Chile y más reciente biógrafo de Washington Irving, Mr. Claude G. Bowers, que a la muerte de Theodore Dreiser publicó en sus páginas unos interesantísimos recuerdos personales del gran novelista desaparecido.

Todo esto hace de *Andean Quarterly* una revista de propósitos bien definidos y única en su género.

Colaboradores

JAMES T. FARREL.—Novelista y ensayista norteamericano. Asiduo colaborador de BABEL. Véase «Final de una década» (N.º 9); «Tributo al Gran Viejo» (15|16); «Literatura e ideología» (19); «La fe de Lewis Mumford» (23); «El lenguaje de Hollywood» (25); y «Discurso sobre Sherwood Anderson» (32). Tradujo Catiucha.

EMILIO ORIBE.—Poeta uruguayo que ha visitado últimamente Chile al frente de una delegación intelectual de su país. El soneto que publicamos es anticipo de un libro en preparación bajo el título de «Teoría de una forma».

AXEL STERN.—Del Círculo literario de Ginebra, donde apareció en su idioma original: *L'existencialisme contra l'existence*, a principios de 1945, después de «Un poema metafísico en prosa» (1941); «Carta a Eliana» (1942); y «Moral de la Libertad» (filosofía aplicada). Tradujo Sergio Atria.

MANUEL ROJAS.—Es autor de «Hombres del Sur»; «La ciudad de los Césares»; «Travesía»; «El Delincuente», «Lanchas en la bahía», etc. Prepara en la actualidad una extensa novela y colabora regularmente en BABEL, a cuyo cuerpo directivo pertenece.

EUCLIDES GUZMÁN.—Joven cuentista chileno de la nueva generación. Ha publicado en BABEL: «Carta acerca de una muchacha» (N.º 29); «Una viña en la noche» (31); «Mi primer crimen» (33); «Cuando en Chile se prefabricaban casas» (36). Véase asimismo la «Presentación de Euclides Guzmán» por González Vera (29).

MAURICIO AMSTER.—Director artístico de BABEL. Ha escrito para sus páginas: «Recuerdos de Gutiérrez Solana» (N.º 27); «La rama y el retoño» (34) y otra evocación española que aparecerá en el N.º 39. Además ha diseñado la nueva carátula de la revista.

J. G. SEUME.—«Poeta y vagabundo, aparece en Weimar por primera vez en 1801. Sus poemas asegura el canciller Müller, 'perturban la imaginación de Goethe.' El altivo y pre-romántico Juan Godofredo escribía a la pata la llana y el contenido de sus palabras sólo tenía valor con referencia a la calidad de su persona... No una sino varias veces lo encontramos en la casa de Goethe,» leemos en un artículo de Alfonso Reyes. Tradujo Mauricio Amster.

Regale Libros

Ofrecemos una severa selección de títulos de presentación excepcional, capaz de satisfacer el gusto más refinado y exigente.

LA VIDA DE BEETHOVEN, por Edouard Herriot. El famoso político francés nos ofrece una obra que por su amenidad narrativa, por su valor literario y por la estricta documentación utilizada, constituye la verdadera biografía del genial músico cuyas composiciones seguirán maravillando en todos los tiempos. \$ 55.—Edición de lujo: \$ 100.

HISTORIA DEL ARTE, por Héctor Aravena. Una obra instructiva que compendia en pocas páginas los conceptos esenciales del desarrollo artístico de la humanidad. \$ 25.—Empastada: \$ 50.

EL VIENTO EN LAS RUINAS, por José María Souvirón. Una visión original, fiel, mesurada y audaz al mismo tiempo, del mundo social de nuestros días. \$ 40. Edición de lujo: \$ 70.

SERVIDUMBRE HUMANA, por Somerset Maugham. Tercera edición de una de las obras más leídas y admiradas de las letras contemporáneas y en la cual el autor parece revelar detalles autobiográficos de su profunda personalidad. \$ 45. Empastada: \$ 90.

FRANCIA, por el Dr. René Chayet. Ninguna obra de las que llevan el sello Zig-Zag, constituye una prueba tan elocuente y magnífica de perfección, en la calidad material y en la exuberancia asombrosa de los temas e ilustraciones relacionados con todas las fases de la vida de la nación francesa. Dos tomos en papel especial: \$ 275.

LA LUZ NO ESTA LEJOS, por José María Souvirón. Un nuevo matiz descubierto en un tema que es eterno. El amor analizado desde un punto de vista original y a través de una personalidad recia y sensible. \$ 35.—De lujo: \$ 70.

ANTOLOGIA DE GABRIELA MISTRAL, Segunda edición de sus maravillosas poesías en una obra escrita especialmente por la autora «como si toda la Tierra Americana se hubiese hecho espíritu en ellas». \$ 30.

LAS MAS BELLAS POESIAS PARA RECITAR, por Alberto de Agramonte. Una edición que ha reunido las producciones más selectas del genio poético de todo el mundo y de todos los tiempos. Empastada: \$ 60.

SANTIAGO DE SIGLO EN SIGLO, por Carlos Peña Otaegui. He aquí un novelesco comentario histórico de la formación y evolución, en cuatro siglos, de la vida de Santiago del Nuevo Extremo. Edición en gran formato que se obsequió como recuerdo a los Delegados extranjeros a la Primera Reunión de Editores Latino Americanos, con páginas profusamente ilustradas. \$ 200.

LA ISLA DE PASCUA Y SUS MISTERIOS, por el Dr. Stephen Chauvet. El libro más completo y documentado que se haya impreso sobre la lejana y misteriosa isla de Pascua, en una edición especial, con abundantes grabados en offset y empastada en tela. \$ 250.

En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile